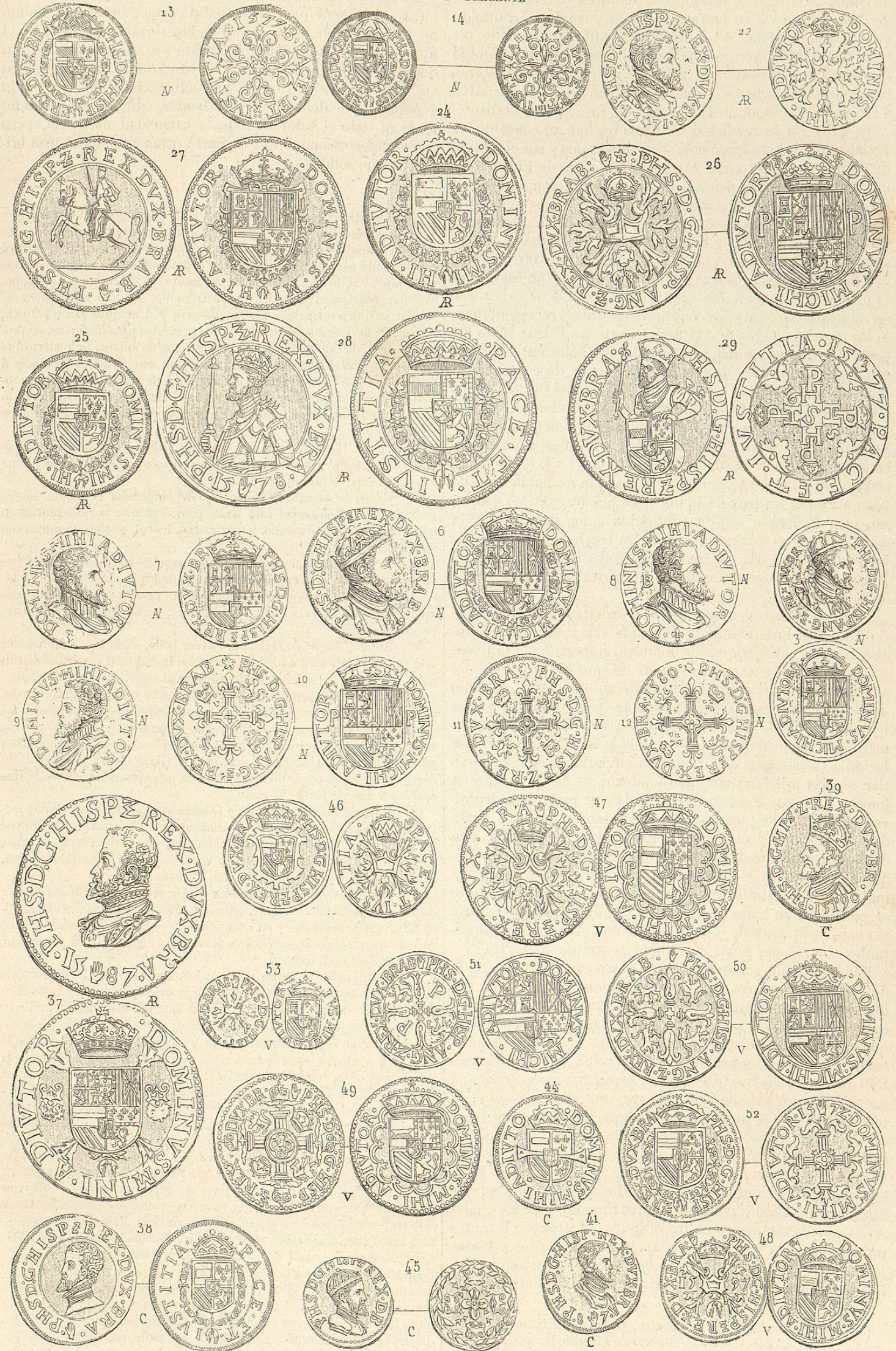




FELIPE II



FELIPE II

de campo Verdugo; y aunque en Güeldres el tercio español de Bobadilla se vió en bastante aprieto y conflicto, contando ya el conde de Holak con que, sin remedio, ó habian de perecer todos de hambre ó rendirse á discrecion, un cambio repentino de temporal que obligó á retirarse las naves enemigas que los cercaban, y que pareció providencial, los salvó á todos, y se incorporaron al ejército del príncipe en Brabante.

Ya antes de la rendicion de Amberes habian conocido los Estados que les era imposible sostenerse solos y sin el auxilio de alguna gran potencia extranjera. Y como de Enrique III de Francia, á quien primero habian acudido, no hubiesen sacado otra cosa que palabras muy corteses y esperanzas que no vieron cumplidas, apelaron á la reina Isabel de Inglaterra, protestante como ellos y que continuamente les habia estado suministrando auxilios, y enviaronle embajadores ofreciéndole la soberanía de los Estados (junio, 1585). Sucedió en Inglaterra lo mismo que antes habia sucedido en Francia. Dividiéronse en opuestos pareceres los consejeros de Isabel; representábanle los unos el peligro de excitar el enojo de Felipe II de España y de provocar una invasion de españoles en su propio reino: decíanle otros que la mejor manera de contener los ímpetus del monarca español era distraer sus fuerzas en los Países Bajos, y que la Inglaterra con la posesion de las provincias marítimas de Flandes se haria la potencia naval mas poderosa de Europa. Entre los prelados mismos, á quienes se consultó, habia la misma divergencia en el modo de ver y aconsejar; y mientras el uno opinaba que no habia derecho para arrancar un país de la obediencia á su legítimo soberano, otro declaraba que la proteccion á los flamencos y la aceptacion de su soberanía no solo era legal, sino que la reina no podia rechazarla en conciencia. Daba calor á los que así pensaban el consejero predilecto y favorito de la reina, conde de Leicester.

Durante estas consultas llegó la nueva de haberse entregado Amberes. Entonces Isabel, acosada con mas vivas instancias por los embajadores de Flandes, importunada tambien por su favorito, y acaso con temor de que las provincias en su angustiosa situacion no se sometieran otra vez al dominio de España, determinóse, no á aceptar la soberanía, que aun le faltó resolucion para dar este paso, sino á ofrecer eficaces auxilios á las provincias flamencas bajo las siguientes estipulaciones (setiembre, 1585): la reina enviaria un ejército auxiliar de seis mil hombres mantenidos á su costa durante la guerra, y de cuyos gastos, terminada que fuese, le indemnizarian los Estados; los flamencos le darian en prendas la ciudad de Flesinga y el fuerte de Rammekens en Zelanda y la de Brielle en Holanda; se mantendrian á las Provincias Unidas sus derechos y privilegios; el general y dos ministros ingleses serian admitidos en la asamblea de los Estados; no se podria hacer tratado alguno de paz ó alianza con España sin consentimiento de ambas partes, con otras menos importantes condiciones hasta el número de treinta y una (1).

Fué nombrado general en jefe de esta expedicion el conde de Leicester, Roberto Dudley, que aunque hermano del duque de Northumberland, marido de la famosa Juana Grey, la competidora de Isabel al trono y degollada por ella como su marido en un cadalso, habia no obstante el Roberto hallado tal gracia y favor en el corazon de la reina, por cierto atractivo natural y ciertas prendas de espíritu y de cuerpo, que no solo obtuvo rápidamente las mayores distinciones y los mas altos puestos de la corte, sino que fué el mas íntimo y el mas duradero privado de los muchos que sucesivamente estuvieron en intimidades con aquella reina. Si entre los muchos pretendientes á la mano de Isabel, y á quienes ella sabia entretener tan mañosamente, ya con halagos, ya con esperanzas, ya con formales palabras de matrimonio, y de los cuales no menos diestramente se iba despues descartando, á tantos prometida y con ninguno casada; si entre los varios personajes que mas ó menos tiempo alcanzaron la privanza y los favores de aquella singular señora, sistemáticamente voluble,

(1) Rymer, Fœder., t. XV.—Camden, Anales de Inglaterra en el reinado de Isabel, ad ann.—Estrada, Guerras de Flandes, Década II, l. VII.—Bentivoglio, P. II, lib. V.

y mudable por constancia, hubo alguno de quien fundadamente se creyera que al cabo habria de ser su esposo; si alguno hubo á quien diera de un modo durable, ya que no el nupcial anillo, un lugar preferente en su corazon, fué sin duda el conde de Leicester, y de su cariño y de su privanza en los consejos continuaba gozando cuando fué nombrado general en jefe del ejército de Flandes, cargo para el cual no tenia ni todo el valor ni toda la capacidad necesaria, pero cuyos defectos encubrian en parte otras cualidades mas brillantes que sólidas (2).

(2) La extraña conducta de la reina Isabel de Inglaterra con sus pretendientes y favoritos merece que demos aquí alguna noticia acerca de este singular manejo. La belleza, el talento y la ilustracion de Isabel, á quien un elocuente escritor llamó «tan gran reina como mala mujer,» le atrajeron multitud de adoradores y de aspirantes á su cariño y á su mano. Sea que prefiriera el celibatismo al matrimonio, sea que no quisiera sacrificar su independencia á ningun hombre y á ninguna razon política, sea que le sirviese cualquiera de los dos pretextos para desligarse de pretendientes ó de enamorados perseguidores que no amaba, es lo cierto que despues de entretener con esperanzas y aun con formales promesas á muchos, no llegó á dar su mano á ninguno; y en cuanto á su corazon, obtuvieron sus preferencias los que y por el tiempo que ella quiso, en lo cual no ganó fama de escrupulosa. Entre sus pretendientes y favoritos se cuentan:

1.º Felipe II de España. En otro lugar dijimos la manera cómo se habia concertado y cómo se habia deshecho este matrimonio, luego que envió Felipe de la reina María.

2.º Carlos de Austria su primo, hijo del emperador Fernando: Lisonejaba la vanidad de Isabel esta boda, pero deshízose por diferencias en materia de religion, diciéndo, sin embargo, Isabel, que no se sentia con deseos de casarse.

3.º El rey Enrique de Suecia, en cuyo nombre fué á Inglaterra á hacer su pretension su hermano Juan, duque de Finlandia. Con éste no tenia motivo de religion que alegar, porque era protestante como ella, pero apuró su paciencia con evasivas y dilaciones, hasta que Enrique desistió por desengañado.

4.º Adolfo, duque de Holstein: Joven, bello, soldado y conquistador este príncipe, agradó á Isabel, de quien fué tratado con particular distincion. La amó, y fué amado de ella, pero no se resolvió á darle su mano.

5.º El conde de Arran, escocés, y cuyo padre era el presunto heredero de la corona de Escocia. Solicitaban con empeño este matrimonio los diputados del parlamento de aquel reino. El príncipe lo merecia por sus relevantes prendas, pero la acostumbrada respuesta de Isabel, «que Dios no la habia dado inclinacion al matrimonio,» hizo desistir á los embajadores escoceses; el conde de Arran cayó en una profunda melancolía, que acabó por hacerle perder la razon.

6.º William Pickering, inglés y súbdito suyo, de no muy elevada alcurnia, pero notable por su buen continente, su talento y su gusto por las bellas artes. Los cortesanos miraban ya á este inconcebible favorito, como le llama un historiador inglés, como al futuro esposo de la reina, mas no tardaron en verle caido, y aun olvidado.

7.º El conde de Arundel, tambien inglés; con mejores títulos al favor de la reina, gastó una inmensa fortuna en festejos y en galanteos, sacrificó á Isabel sus opiniones y su tranquilidad con admirable perseverancia; pero desde que dejó de servir á su política ó á sus caprichos, le rechazó, y le trató hasta con dureza.

8.º El duque de Alençon y de Anjou, hermano de Enrique III de Francia. Los tratos de matrimonio con este príncipe llegaron hasta donde era posible que llegaran, menos á la realizacion. Ella puso su anillo en el dedo del duque en presencia de los embajadores extranjeros y de la nobleza inglesa en señal de futuro enlace, y aun hizo extender un acta de la fórmula y ceremonias que se habian de observar por ambas partes en la celebracion de la boda. Y sin embargo, una mañana que el duque fué á ofrecer sus respetos á la que suponía ya su esposa, le recibió pálida y triste, y le dijo llorando que las preocupaciones de su pueblo ponian una inquebrantable barrera á su union, y ella estaba resuelta á sacrificar su felicidad á la tranquilidad de su reino.

9.º Roberto Dudley, conde de Leicester. Este favorito tuvo tanta intimidad con Isabel que dió lugar á que públicamente se dijera que vivian en una criminal union. Despues de haber envidiado Dudley, se creyó que pasaria á ser esposo de la reina, y aun se citaba quien habia sido testigo de la solemne promesa de matrimonio. Para que no se extrañase tanto ver á un súbdito esposo de su soberana, negoció la boda de Leicester con la reina de Escocia María Stuard, sabiendo que no habia de realizarse; pero una vez aceptado por aquella reina y por aquel reino, y descompuesto despues el enlace, ya no habia por qué admirarse de que una reina compartiera el trono y el tálamo con el que antes otra reina no se habia desdenado de admitir. Esto parecia indicar una resolucion determinada de hacerle su consorte. Y sin embargo, continuando por muchos años la privanza de Leicester, las esperanzas de boda fueron ale-

A principios del año siguiente (1586) partió el ejército auxiliar inglés, acompañando al de Leicester hasta quinientos nobles de aquel reino. Recibieronle las ciudades flamencas como al restaurador de su vacilante Estado, con immoderada alegría y con una pompa inusitada. En su fervoroso entusiasmo fueron mas adelante de lo que debian, y creyendo lisonjear á la reina Isabel y obligarla mas en su favor, nombraron al de Leicester gobernador supremo y capitán general de los Estados, contra las cláusulas estipuladas en el contrato. Mostróse al pronto la reina grandemente ofendida de que se hubiera investido á un súbdito suyo de mas vastas atribuciones y colocádole en mas elevada categoria que la que ella le habia dado; tratábale de presuntuoso y vano, y todos los dias amenazaba deponerle con expresiones de cólera y enojo; mas la facilidad con que la desenojaron los flamencos hizo sospechar que todas aquellas demostraciones tuviesen menos de ingenuas que de artificiosas.

El duque de Parma, que cuando creia poder reposar algo de tantas fatigas para terminar la obra de su reconquista se encontró con un nuevo ejército enemigo que tanto aliento volvía á los confederados, se preparó no obstante á obrar con energia aprovechando la superioridad que todavia conservaba sobre el enemigo. Mandó, pues, á Mansfeld que pusiera cerco á Grave, plaza sobre el Mosa que conservaban aun los rebeldes. Acudió el de Holak á su defensa: españoles y flamencos levantaron fuertes cerca de la ciudad y á las márgenes del rio; pelearon unos y otros con vigor y con encarnizamiento, saliendo alternativamente vencidos y vencedores. Una copiosísima lluvia que acreció extraordinariamente las aguas del rio, proporcionó á Holak emplear el recurso usado tantas veces por los flamencos de romper los diques é inundar los campos enviando las aguas contra los sitiadores. Esto entorpeció algun tiempo las operaciones del cerco. Pero noticioso Alejandro de que el de Leicester se acercaba en persona á la plaza, tambien él voló en socorro de los suyos: su presencia animó como siempre á capitanes y soldados, si bien un súbito sobresalto se apoderó de todos al verle caer con su caballo al golpe de una pelota disparada de la plaza, en el acto de recorrer las baterías y examinar las obras. El susto se trocó en loca alegría cuando le vieron levantarse sano y salvo al lado del caballo muerto. Comenzaron luego los asaltos, no sin gran resistencia de los de dentro y sin gran daño de los asaltadores. Pero de repente el gobernador de la plaza, baron de Hemert, cayó de tal manera de ánimo que se decidió á rendirla (7 de junio, 1586), cuando aun tenia en ella veintisiete gruesos cañones, mas de cien barriles de pólvora y víveres para seis mil hombres por un año. La cobardía del gobernador ahorró mas esfuerzos á Alejandro, que se apresuró á guarnecer á Grave de alemanes y españoles mezclados. El miserable que así entregó la plaza pagó su pusilanimidad con la cabeza, siendo degollado con otros dos oficiales por orden de Leicester.

A la rendicion de Grave siguió la de Venlloo, en la provincia de Güeldres, no obstante el genio bélico de sus naturales, los esfuerzos heroicos de sus valerosas mujeres, y la vigilancia del activo y denodado Martin Schenck, tan celebrado por los historiadores contemporáneos. En Venlloo se condujo Farnesio con aquella galante generosidad de que habia dado ya tantas pruebas. No solo supo contener á los soldados hambrientos de botín y ansiosos de saqueo, sino que á la esposa y á la hermana de Schenck que allí se hallaban las trató con la mayor cortesania, y les dió su misma carroza para que salieran de la ciudad y se trasladaran al punto que ellas eligiesen (1).

Mas galante todavia con el elector católico de Colonia, Ernesto, hijo del duque de Baviera, á quien el conde de Meurs y los reformistas holandeses habian ocupado algunas de sus ciudades del Rhin, accediendo Alejandro á las repetidas ins-

jándose poco á poco hasta disiparse enteramente, y la reina Isabel murió sin casarse, y Leicester tuvo el fin que luego veremos.

Haynes, Memorias.—Camden, Anales del reinado de Isabel.—Hardwick, Memorias.—Nevers, Daniel, y otros historiadores ingleses.

(1) Bentivoglio, P. II, lib. VI.—Estrada, Déc. II, lib. VII.

tancias con que el elector habia reclamado su auxilio, marchó allá con su ejército. La ciudad de Nuis, la Novesia de nuestros historiadores, que Carlos el Temerario no pudo en otro tiempo conquistar en el espacio de un año con sesenta mil hombres, cayó en pocas semanas en poder de Alejandro Farnesio, con la lástima de no haber podido evitar que los soldados, en un arrebato de ira y de venganza por las pérdidas y padecimientos que les habia costado, la entregaran al incendio y fueran todos sus edificios reducidos á cenizas, á excepcion de los templos en que se habian refugiado las mujeres, y que el de Parma logró hacer respetar (agosto, 1586). Levantando de allí el campo, movióse á poner sitio á Rhinberg, otra de las ciudades usurpadas por los rebeldes al elector. Pero en tanto que él se hallaba ocupado en esta campaña, el general inglés conde de Leicester habia cercado á Zutphen, que gobernaba y presidiaba con españoles Bautista Tassis. A socorrer esta plaza, falta de mantenimientos, envió Alejandro delante al marqués del Vasto. Tuvo este muy reñidos y sangrientos reencuentros con los de Leicester, en que sufrió no poco descalabro, bien que costando á los ingleses la pérdida para ellos lamentable de sir Philipo Sidney, sobrino del general, y que tenia fama de ser el hombre mas completo y el caballero mas cumplido de Inglaterra. Estaban en el campo inglés el coronel Norris, Mauricio de Nassau, hijo del príncipe de Orange, que hacia sus primeros ensayos de campaña y el aprendizaje de la milicia en que habia de ser despues tan famoso, un hijo de don Antonio de Portugal, prior de Crato, desechado de aquel trono, y otros muchos personajes de las primeras familias de Inglaterra, de Irlanda, de Escocia y de Flandes. Mas no tardó en aparecerse Alejandro Farnesio: ó delante ó á su lado parecia que marchaba siempre la victoria; logra introducir en Zutphen multitud de carros de vituallas y provisiones; parte luego al encuentro de un cuerpo de alemanes que venia en auxilio de los confederados, y se maneja con ellos de modo que los hace volverse á su tierra; regresa á Zutphen, la deja bien abastecida, encomienda la plaza y las vecinas fortalezas á buenos defensores, y no temiendo que Leicester apriete mucho el sitio en el invierno, da la vuelta á Bruselas.

Muy arrepentidos estaban ya los flamencos de haberse puesto en manos de Leicester y de haberle dado la supremacia del gobierno. Mal general y peor gobernador, en la guerra nada adelantaban, y en el gobierno habian perdido mucho. Creyeron haber hallado un libertador, y encontraron un tirano, que violaba sus leyes fundamentales, hobla sus derechos, destruía su comercio, malgastaba su hacienda, y no cumplía nada de lo pactado con su soberana. Injusto en la distribucion de cargos, inconsiderado con los naturales del país que le habia ensalzado, orgulloso con la nobleza y despótico con el pueblo, significábanle los flamencos su disgusto, pero no se atrevian á romper abiertamente con él, porque, á no someterse otra vez á la obediencia del rey de España, necesitaban de la proteccion de la Inglaterra. Aunque intentó justificar su conducta, los hechos hablaban contra él; y en sus palabras de no dar motivo de queja en lo sucesivo no creia nadie. Recordaban los flamencos el desleal comportamiento del de Alençon, y á vista del proceder del de Leicester, lamentábanse de que con pasar del francés al inglés no habian hecho sino transmitir la soberanía de uno á otro tirano. Llamado al fin por Isabel á su reino con motivo de la junta que habia convocado para tratar del proceso de la desgraciada reina de Escocia María Stuard, despidióse de los estados de Flandes reunidos en la Haya, prometiendo dar brevemente la vuelta. Tratóse de designar á quien habia de encomendarse el ejercicio de su autoridad el tiempo que su ausencia durase, y á instancias de la asamblea accedió á que gobernara las provincias el Consejo de Estado, como en las vacantes de los gobernadores españoles. Con lo cual partió á Inglaterra, no sin hacer antes una declaracion de que se reservaba el gobierno supremo de las provincias, con cuya accion acabó de enajenarse las voluntades de los flamencos, que quedaron alegres de que se fuese, y temerosos de que volviera (2).

(2) Camden, Anales: 1586.—Hardwick, Memorias—Estrada, Guerras, Déc. II, lib. VIII.